

DISCURSO DE RECEPCION

Por RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

Señores académicos:

El padre Lacordaire empezó su discurso de entrada a la Academia Francesa con estas palabras: "Os agradezco que me hayáis hecho académico y que me hayáis nombrado en reemplazo de monsieur de Tocqueville." Imitando al ilustre predicador dominicano, guardada la inconmensurable distancia que media entre los dos, principiaré por daros las gracias por haberme llamado a formar parte de vuestra docta corporación y por haberme designado para ocupar el puesto del señor don Sergio Arboleda. Porque si es honra grande venir a ser vuestro colega, es señaladísima sentarse en el sillón que dejó vacío aquel profundo y sesudo escritor, magnánimo servidor de la república, genuino representante de la vieja escuela conservadora.

¿Por qué me habéis nombrado académico? Si los méritos literarios se heredaran, si amar apasionadamente las letras equivaliera a cultivarlas con provecho, entendería yo los móviles de vuestra conducta. Pero como el llevar un apellido que ilustraron los antepasados no supone merecimiento, como la simple afición a la buena lectura no da entrada a institutos como éste, será preciso buscar otra explicación al honor que me habéis hecho. Pensasteis que algo faltaba a la Academia Colombiana, a pesar de componerse de cultivadores meritisimos de todos los ramos del humano saber, de literatos cuyos nombres, traspasando los patrios linderos, se pronuncian con respeto en América y España. En vuestras reuniones echabais menos la sotana negra del sacerdote, el traje que vistieron Rioja y Rodrigo Caro, Lope y Calderón, Mariana y Solís, y en tiempos menos remotos, Lista, Gallego, Balmes. Cierto que entre vuestros correspondientes figuran de tiempo atrás varios miembros del clero colombiano: el misionero de los guajiros que, para dar tregua a sus apostólicas tareas, ora pulsa la cítara para ensalzar a Nuestra Señora, ora emboca la trompa épica, y en poema desordenado y desigual, pero rico de originalidad e inspiración, canta a Pío IX y al Concilio Vaticano (1); tenéis al docto obispo de Popayán, versado en ciencias divinas y en humanas letras (2); y hasta hace poco tuvisteis al ilustrísimo señor Paúl, nuestro llorado arzobispo, de quien no podría hablar sin quedarme corto

(1) El presbítero Rafael Celedón, después obispo de Santa Marta.

(2) El ilustrísimo señor Juan Buenaventura Ortiz.

en los elogios. Pero quisisteis que hubiera además un eclesiástico que compartiese vuestras habituales labores, y dispusisteis que participara yo, a falta de méritos propios, de los eximios vuestros. Sólo que hubierais debido, mejor que en mí, fijaros en cualquiera de los sacerdotes que me aventajan en saber y en literatura, y a quienes acato como a preceptores y modelos. Acertasteis en llamar a un miembro del clero; errasteis por sobra de bondad en preferirme. Os diré lo que el ilustre Hartzenbusch a nuestro don Rufino Cuervo: "Dios os pague la benevolencia, Dios os perdone el yerro."

Al buscar asunto para este discurso, quise hallar alguno que, sin ser ajeno al fin de la Academia, armonizase con lo que es materia de mis modestos estudios, versara además sobre algo relacionado con la literatura nacional y, por no haber sido tratado expresamente por vosotros, presentara novedad para disimular lo vacío de pensamiento y desnudo de galas de mi estilo. No hube de vacilar mucho para encontrar lo que deseaba. Tenía sobre la mesa un libro, escrito por el más eminente de nuestros autores coloniales; libro exiguo de tamaño, pero rico de primores en el fondo y en la forma; viejo compañero mío, a quien a menudo fui deudor de ratos de esparcimiento, de saludables enseñanzas para mí y de consejos para edificar a los demás; mina inexhausta, de piedras preciosas que engastar en sermones y pláticas espirituales; obra sin embargo apenas conocida de unos pocos, ignorada aún de las personas devotas que van a buscar en pobrísimos libros extranjeros lo que a rodo tenemos en nuestra propia casa.

Sorprendido quedará alguno de mis oyentes ajenos a la Academia cuando sepa que el escritor de que se trata fue una mujer, y no comoquiera, sino monja clarisa; y lo que es más extraño, que floreció hace como doscientos años, es decir, en aquella época que los progresistas de España nos enseñaron a llamar de servidumbre, oscuridad y retroceso.

Ya vosotros habéis comprendido, señores, que intento hablar de los escritos de la madre Francisca Josefa de la Concepción Castillo, únicos, entre los que aparecieron durante la Colonia, dignos de parangonarse sin desdoro con las obras del siglo de oro de las letras peninsulares.

Como la historia de la ilustre escritora es tan desconocida como sus obras, mezclaré con las noticias sobre ellas algunos breves rasgos biográficos, tanto más útiles cuanto que no es fácil conocer los afectos de la autora sin tener en cuenta los principales sucesos de su vida. La mística aprendida sólo en teoría no da de sí sino escritos contrahechos y mediocres, y los grandes místicos son los que dicen con palabras lo mismo que enseñan con sus obras. Comenzaré por algunas breves reflexiones sobre lo que es la mística en general; procuraré en seguida daros a conocer, aunque someramente, a la autora y las dos obras que de ella nos quedan: la *Vida y los Sentimientos espirituales*. Haré, en obsequio vuestro, por ser lo más breve y conciso que me lo permita el asunto.

*
* *

El hombre, rey de la creación, hechura predilecta de Dios, tiene, sobre los demás dones que recibió en herencia, voluntad libre para querer lo bueno. Tan necesario es a nuestra alma el amor, que al verse despojada de él se marchita y muere, como flor sin sol ni lluvia, como ave a quien cortan las alas, como pez fuera del nativo elemento. Mas ¿dónde hallar objeto digno de nuestro corazón? No en las criaturas irracionales, porque lo material y caduco no alcanza a colmar un alma espiritual e imperecedera; además que el universo físico es esclavo del hombre, y la amistad del siervo no basta a la felicidad del monarca. Pero ni siquiera en nuestros semejantes encontramos con qué satisfacernos. Quedamos por el pecado original tan caídos y maltrechos, pero sin perder nuestros anhelos por la verdad y el bien, que el hombre viene a ser muy poca cosa para su mismo amor. Necesitamos de Dios que, por infinito, puede llenar un alma cuyas aspiraciones crecen a medida que las va satisfaciendo. Pero aunque el entendimiento humano es capaz de elevarse por sí mismo a conocer a Dios, y aunque pudiera la voluntad cobrarle cierta afición meramente natural, la experiencia enseña que los pueblos dejados a sí propios rebajan a la Divinidad bajo el nivel del hombre, y que sin auxilio de lo alto, posponemos casi siempre el Creador a la criatura. El cristianismo nos trajo del cielo la fe para conocer a Dios y la gracia para amarlo dignamente. Mas a los principios de la vida espiritual, la noción que alcanzamos de lo sobrenatural es discursiva y en extremo imperfecta; y nuestro amor puramente estimativo no es poderoso a vencer los apetitos de la parte animal sin la reñida pugna con ellos, que hace de nuestra existencia terrena una continuada milicia, según la expresión de la Escritura (1).

Cuando la fe del cristiano es viva, cuando gracias eficaces de lo alto lo inclinan a elegir el bien, principia a penetrarse de lo hermoso de la virtud, lo feo del vicio; lo cierto de las verdades reveladas, lo deforme de la incredulidad; la grandeza del cielo comparada con la ruindad de la vida presente; y entonces mueve el Señor la voluntad, pero no como empuja el capataz al esclavo aberrojado, sino como sostiene y conduce la madre al niño que pretende caminar y a quien se lo veda la debilidad de la infancia. Cóbrale entonces el cristiano tedio a la existencia terrenal, desnúdase de mundanos afectos, rompe las ataduras que lo ligaban al mundo visible, y principia, con alas que le prestan la oración y el amor, a encumbrarse a las alturas en busca del aire purísimo que en ellas se respira.

Aquí tocamos a los linderos de la mística; aquí entrevé el espíritu algo de las claridades del cielo; el conocimiento de Dios raya en intuición; la voluntad sigue obrando y eligiendo libremente, pero dejando percibir menos el esfuerzo, como el águila cuando en las regiones del cielo se sostiene sin ningún movimiento aparente.

(1) Job, vii, 1.

Hay dos clases de misticismo: el uno legítimo, nacido de fe y de amor; espurio el otro, hijo de ignorancia y orgullo. Tienen comunes rasgos que los asemejan, como la moneda falsa se parece a la de buena ley; pero son analogías puramente exteriores: al penetrar un poco en la sustancia de las cosas, se los encuentra no sólo distintos sino opuestos. Tiene el uno su raíz en las doctrinas evangélicas; el otro, en delirios gnósticos o panteístas; uno se funda en la humildad; en la soberbia el otro; aquél desata el alma de aficiones terrenas; éste conduce a los desórdenes sensuales; el misticismo cristiano acrecienta la libertad del alma; el heterodoxo es fatalista, negador del albedrío; el uno engrandece; el otro rebaja; no impide el primero cumplir los prosaicos deberes de la vida real; trueca el segundo a sus víctimas en semifatuos o sonámbulos.

Como Dios ha establecido en su sabiduría infinita que todo, así en el orden de la naturaleza como en el sobrenatural, se rija por leyes fijas y constantes, la unión del alma con Dios las tiene, siempre invariables en sustancia, para salvar el principio de la unidad; mudables al aplicarse, en gracia de la variedad, que es fuente de toda hermosura. Se desprende de aquí que la mística en cuanto nos ofrece reglas ordenadas para ascender hasta el Creador, es arte; y prueba de ello tenemos en los ejercicios espirituales de san Ignacio, que son camino para que el pecador, en breve tiempo, mediante la buena voluntad fecundada por la gracia, pase desde la enemistad con Dios hasta las últimas gradas de la contemplación y el amor. Fúndase este arte en la naturaleza humana, siempre igual a sí misma, y en el orden de la gracia, que nace de la inmutable sabiduría divina. Al escudriñar los fundamentos de la mística, averiguar sus primeros orígenes y sus últimas causas, de arte se eleva a ciencia, ya filosófica, cuando en las investigaciones nos alumbremos con la razón natural; ya teológica, si marchamos a las brillantísimas claridades de la revelación divina.

Es sobre lo dicho la mística madre y maestra de una literatura especial, la más alta, anchurosa y profunda que ha engendrado jamás la mente humana. Dominio de esta literatura es el universo corpóreo, pero no inanimado e insensible, sino vivificado por la presencia de Dios, cuya huella es la naturaleza, según la profunda y hermosa expresión de san Buenaventura. El mundo, así considerado, no empequeñece sino que ensancha el espíritu, para quien los astros, cuando aparecen como roturas del manto negro del cielo, al través de las cuales pasan las claridades de la gloria, son pálido reflejo de la luz divina indeficiente; los hechizos de la naturaleza son descolorida imagen de la hermosura del Hacedor Supremo; el rayo, juguete de su poder; la extensión de los mares, símbolo de su inmensidad. Al calor del sentimiento cristiano, mejor que al influjo del numen tutelar de las letras paganas,

la luna que entre sombras gira,
la luz que en rayos de color se parte,
la ola que pasa, el viento que suspira,
todo es Dios, todo es himno, todo es arte.

Hasta aquí el escritor místico no pasa del vestíbulo de su regia morada: después de contemplar el mundo entra a conocer su propia alma, y la estudia y la describe con delicadeza y profundidad incomparables. Ve en ella no ya el vestigio sino la viva imagen del Creador, y en las potencias humanas el trasunto de los divinos atributos; y traduce aquellas ideas en palabras coloridas por la imaginación, y calentadas por el sentimiento, y ataviadas con las galas de la poesía; tan sencillas y familiares, que todos las entienden; tan profundas, que los sabios nunca acaban de analizarlas asombrados; y sin que ni luz, ni calor, ni sencillez, ni ricos adornos, obstan a la filosófica precisión ni a la exactitud que la verdad reclama.

Y como subió del mundo al hombre, asciende la literatura mística a buscar en Dios mismo raudales de inspiración y elocuencia; y cuando trata del ser divino, de la suma bondad, nos parece la palabra inflamada del escritor, no humana, sino de labios angélicos aprendida.

Para legítimo orgullo de cuantos pertenecemos a la familia española y hablamos la lengua de Castilla, España entre las modernas naciones aventaja a las demás por el número y calidad de sus autores místicos, de suerte que no hay idioma vivo que a los nombres de san Juan de la Cruz y santa Teresa pueda oponer otros sin desdoro; esta primacía, extraña a primera vista, no es muy difícil de explicar. La mística necesita ante todo fundarse en creencias firmísimas, en dogmas claros y ciertos, cual sólo existen en el seno de la Iglesia católica, como el ave ha menester punto de apoyo antes de alzar el vuelo; y es sabido que la raza española de todas se distingue en lo puro y firme de su fe, y es refractaria a la herejía, nunca establecida sino de un modo pasajero y accidental en su seno.

Obsérvese también cómo el florecimiento de la mística coincidió con la época de mayor gloria política, literaria y científica de la madre patria. En el siglo XVI, cuando en España había tanto varonil y levantado, lo difícil era no sentirse un hombre capaz de realizar prodigios; en nuestra época la mezquindad refinada y culta en que vivimos, empujeña a los individuos y afloja y desgarran los caracteres. Y ¿quién ha de sacudirse del polvo terreno para contemplar sosegado las obras del amor divino, cuando apenas bastan las fuerzas para luchar contra los enemigos y para evitar los obstáculos del siglo, e ir remontando a fuerza de remo la desatada corriente de la revolución moderna?

La gente española recibió del cielo, a cambio de otras prendas en que la exceden ajenas razas, cierto desprecio nobilísimo por los intereses puramente materiales, marcado espíritu de abnegación y sacrificio, y delicadeza exquisita para estimar la belleza comoquiera que se le manifieste; y si a esto se agrega que aquel pueblo es dueño de una lengua, hija mimada de la latina, parecidísima a su madre en la majestuosa hermosura y varonil talante y en prestarse a la expresión de toda suerte de pensamientos, así los tiernos y delicados como los sublimes y profundos, se comprenderá sin esfuerzo la preexcelencia de la literatura mística española.

Al pasar los peninsulares a tierra americana, trajeron junto con los defectos las egregias dotes de su raza, y pudieron cultivarlas templando mejor las voluntades con los azares y penalidades de la conquista, heroicamente sobrellevados, y sin perder ni las creencias, ni el amor a la tierra natal, que, encendido por la ausencia, los hacía bautizar con nombres españoles las regiones descubiertas y las ciudades que iban fundando, y crear un Nuevo Reino de Granada, y echar las bases de nueva Santafé, cuya situación al pie de los Andes y a raíz de nuestra hermosa sabana, les recordaba la sierra Elvira y las llanuras regadas por el Genil.

No es raro que en estas comarcas la raza española ofreciera muestras de su ingenio, muy semejantes a las que daba en la Península, y que podamos ufanarnos de una escritora mística seguidora de las huellas de santa Teresa.

*

* *

La vida de nuestra monja tiene marcadas analogías con la de su insigne predecesora y maestra. Entrambas nacieron de limpio y honrado linaje; dieron ambas precoces señales de afición a la piedad cristiana, de que las apartó un instante la lectura de libros profanos; abrazaron la profesión religiosa; y a fuerza de padecimientos exteriores y de internas arideces y tribulaciones, pudieron llegar por el olvido de sí mismas y la presencia de Dios en sus almas, a lo más subido de la contemplación. Una y otra escribieron movidas por instancia de sus confesores, y se parecen, al hablar, en tersura y naturalidad hermanadas con exquisita elegancia. De ahí en adelante la madre Castillo se diferencia de santa Teresa lo bastante para que su carácter adquiriera a nuestros ojos facciones propias que lo individualicen. No tiene ella, a par de sus lauros de escritora, la gloria de haber reformado su propia orden; ni salió jamás de su convento, ni tuvo trato con personas de fuera; y su correspondencia por cartas no pasó de algunas brevísimas a los confesores. Su vida no fue alternativas de amarguras y consuelos; a excepción de pocos y fugaces regalos, vivió enclavada sin tregua en la cruz, y aún los raptos y deliquios que le otorgó el Señor más eran para causarle penas que para brindarle dulzuras.

El lenguaje de sus libros es menos rico que el de santa Teresa, pero más natural y flúido; no tiene el estilo de nuestra autora tantos donaires delicados como los que embelesan en la reformadora del Carmelo; es menos correcta, pero igualmente castiza; no tan profunda, pero lo mismo de tierna y delicada; admira menos, pero edifica en sumo grado.

Francisca Josefa del Castillo y Guevara nació por los años de 1671 en Tunja,

la antigua y noble villa,
patria del zaque y tumba de Rondón,

como la ha llamado alguno de vosotros con filial cariño.

Que Dios, a semejanza de lo que suele hacer con muchos escogidos suyos, anticipó en la futura religiosa las infusiones de la gracia al clarear de la razón, lo revelan estas palabras: "Decían que, aún cuando apenas podía andar, me escondía a llorar lágrimas, como pudiera una persona de razón, o como si supiera los males en que había de caer ofendiendo a Nuestro Señor y perdiendo su amistad y gracia. Tuve siempre una grande y como natural inclinación al retiro y soledad, tanto que, desde que me puedo acordar, siempre huía la conversación y compañía, aún de mis padres y hermanos" (1).

A los doce años de edad cayó en lo que llama vida de vanidades y locuras, no mayores por cierto que las permitidas en el mundo a cualquier doncella cristiana y recatada. Cómo se explique el juicio severísimo que hacen las almas perfectas de aquellos pasatiempos, es punto que merece entenderse. No se estiman los humildes en menos de lo que son, porque eso sería engañarse y en el engaño no puede estar fincada la virtud, sino que más se exige al que mayores dádivas recibió; y tal acción, inocente en el común de los cristianos, es grave señal de tibieza en el llamado a llevar vida más ejemplar y ajustada.

No era para el siglo mujer dotada tan muníficamente por Dios como la madre Castillo, y así fue conducida por modo providencial, y no sin que le costara penoso esfuerzo, al convento de clarisas. Sería injuria a vuestro recto sentir, señores académicos, ponerme a deciros cuán distinta es en realidad la vida del claustro de lo que fingen novelistas a la francesa y desorientados autores de leyendas románticas. A creer lo que nos dicen, la vida monástica agota y seca todas las facultades humanas, procurando en cambio a quienes la abrazan inalterable serenidad y reposo; de suerte que el monaquismo es un modo de suicidio lento, menos inmoral que el veneno y la soga, inventado para personas que dejan el mundo después que él las tiene abandonadas. La perfección cristiana engrandece, no enerva; desata la libertad del espíritu, no la adormece, y brinda suavísima paz, pero aquella que no conoce ni puede dar el mundo. El camino del cielo es el real de la santa cruz, y el claustro es el sendero más corto para la bienaventuranza. Quien se refugia a él en busca de espinas, encuentra entre los abrojos hermosas flores; quien lo solicita cobarde como lugar de inactividad y reposo, no halla sino punzadoras zarzas. Ciertamente el monje está menos en contacto con el mundo, pero tiene que habérselas más recio contra la carne y el demonio; la soledad lo defiende contra muchos peligros, pero engendra el tedio, mortal enemigo de la virtud; el trato íntimo con reducido e idéntico número de personas hace, de contradicciones que sólo fueran en el mundo simples alfilerazos, puñaladas mortales que atraviesan el corazón.

Tales sinsabores no faltaron a la madre Castillo; cobrósele aversión algunas de sus compañeras; negábanle aún el preciso sustento; a veces la apellidaban loca, visionaria, y vinieron a arrebatarse el

(1) *Vida*, capítulo 1.

único consuelo indisponiéndola con el confesor, hasta entonces blando y misericordioso con ella.

Nuestra mística autora apenas pisó los umbrales del monasterio, empezó a crecer en conocimiento y amor, y a confiar al papel sus luces y las ascensiones de su corazón; y como iba escribiendo cada día lo que pasaba en ella, sin esfuerzo de ingenio puedo ir narrando su vida espiritual, al mismo tiempo que analizándole afectos y doctrinas.

Hay una escuela mística que no sólo avasalla por completo el entendimiento al amor, sino que anonada el primero en obsequio supersticioso del segundo. No caen en la cuenta de que si la voluntad, potencia ciega, guía al ciego entendimiento, ambos caerán en la hoya. El conocer es antes que el amar, aunque la voluntad a su turno tenga poderoso influjo sobre el entendimiento, como los cuerpos brillantes alumbrados por un foco luminoso le aumentan la intensidad al reflejar los rayos que de él reciben. No lo piensan así los místicos ortodoxos, no la madre Castillo quien afirma: "El camino llano y seguro para Dios es conocer a Dios y conocerse a sí mismo. El alma encerrada y presa en la carne mortal, conociendo al sumo bien, lo amará y apreciará; y conociendo sus propios males, miserias, vilezas y culpas, se despreciará y temerá, mas no por esto desfallecerá, porque el camino que le muestra la doctrina de Cristo es camino, verdad y vida" (1).

Ya tuve ocasión de insinuaros al principio cuál es la doctrina de san Buenaventura: el alma conoce primeramente al Creador, por el mundo que es huella de los divinos pasos; en seguida por el hombre, hecho a semejanza divina, y en fin por la idea abrigada en nuestra mente de un ser infinitamente perfecto y de un Señor dotado de bondad sin límites. Hasta aquí la ideología mística es la misma exactísima de santo Tomás, que nos hace pasar del mundo sensible al hombre, y de entrambos a la noción de Dios. Pero la filosofía tomista trata de cada ser, sin considerarlo principalmente como escalón para remontarse al cielo, mientras que la escuela mística va apenas tocando de paso a las criaturas, con la mente siempre fija más y más allá; y cuando llega a la deseada meta y abre los ojos a las claridades divinas, vuelve desde la cumbre a considerar la senda recorrida, a la luz nueva y brillantísima que se le ha revelado: "Me parece diferente, dice la madre Castillo en la parte inédita de sus afectos, hallar las cosas creadas en Dios, o a Dios en las cosas creadas, como es diferente buscar de noche o encontrar de día." Por eso satisface más al entendimiento la serena exposición de santo Tomás, y enciende mejor el corazón la arrebatada filosofía de san Buenaventura.

El conocimiento acarrea consigo el amor, porque ¿cómo sería posible contemplar de cerca al sumo bien y no irse tras el suave olor de sus perfumes? ¿Y cómo no desvirarse el amante por buscar el trato del amado? Mas como en esta vida el cuerpo sirve de obstáculo para

(1) *Sentimientos espirituales*, afecto 94.

la perfecta unión, gime el espíritu porque se le ha prolongado el destierro, quiere desatarse para reinar con Cristo. De modo que la mística tiene por principio el conocimiento de Dios; por impulso, el amor; por alas con qué alzarse, la oración; por fin último, el cielo. Estas cosas marchan paralelas, y así no se ha escapado de seguro a vuestra penetración la analogía muy fácil de percibir entre el *Itinerario* de san Buenaventura, que indica el camino del entendimiento, la *Subida del Carmelo* de san Juan de la Cruz, que enseña la vía del amor, y las *Moradas* de santa Teresa, donde se aprenden los diversos grados de oración.

*
* *

Cuando el alma quiere subir al sagrado monte, se para breve espacio en las primeras ondulaciones que forman la falda y divisa perfectamente desde allí todas las criaturas terrenales. Barrunta el viajero, por la hermosura del paisaje que se desarrolla a sus pies, las bellezas que se le descubrirán cuando llegue a la cumbre; tiene los ojos en la tierra y el corazón en la altura. Recostado en aquel sitio escribió sus versos fray Luis de León. Si sólo se miran sus pensamientos y frases, les conoce el lector la procedencia horaciana; y sin embargo en el lírico latino no se descubre sino afición a vida quieta y reposada, que deje espacio para gozar de lo presente sin las privaciones de la pobreza ni los hastíos y cuidados de la opulencia; mientras que pensamientos análogos, al pasar por boca del poeta agustiniano, hacen sentir al espíritu la ausencia de la patria verdadera, le inspiran nostalgia del cielo. Es porque la poesía, a semejanza del hombre que la traduce, consta de cuerpo y alma: el primero es lo que leen los ojos y escuchan los oídos; la segunda no se alcanza con el sentido sino con el espíritu, o mejor dicho, no se percibe sino que se adivina.

Una de las cosas que más embelesan en fray Luis es aquel arte escondido con que nos hace a vista de lo temporal suspirar por lo eterno, sin dejarnos saber el cómo, sin presentar casi ninguna aplicación directa. Cuando nos trasladamos con el poeta al huerto arrecostado en la ladera del monte, cubierto en los meses primaverales de hermosas flores, regado por airosa fuentequilla que hasta llegar corriendo se apresura; y aspiramos los mil aromas que el aire al orear los árboles nos brinda, y escuchamos el manso ruido con que las ramas se cimbrean, nos creemos, no en vergel plantado por terrenas manos, sino en los inmarcesibles jardines del paraíso. A vista del firmamento, adornado de innumerables luces, de la luna que mueve la plateada rueda y de los luceros que concertadamente se mudan, piensa el ánima que no son ellos sino "antorchas visibles que alumbran los invisibles atrios de la Jerusalén celestial" (1); y en la música que hace serenar el aire y lo reviste de hermosura y luz no usada, se nos antoja oír cierta resonancia de las melodías celestiales, compuestas no de notas sino de afectos y pensamientos acordes.

(1) Don Peregrino Sanmiguel, *El misterio de Dios*.

La madre Castillo es maestra en infundir soplo de vida sobrenatural a las criaturas terrestres; sólo que al verlas, antes que a disfrutar las ventajas que le brindan, tiende a separarse de ellas: "Mira que dicen es símbolo de la imprudencia el pelícano, que anida en las eras más trilladas, y allí los labradores cercan el nido con heno o paja y le prenden fuego; él, viendo el riesgo de sus pollitos, baja a ponerse sobre ellos; viendo que el fuego se va acercando, bate las alas para apagarlo, pero esto sirve para encenderlo, hasta que comprendido en su ignorancia, el fuego le quema las plumas, y allí muere cogido de los cazadores, él y sus hijuelos" (1).

Este pasaje no perdería, puesto al lado de las delicadas y risueñas comparaciones de san Francisco de Sales. Escuchad ahora lo que sigue: "Las cosas inanimadas te enseñan este recato: la tierra oculta en su seno el oro y piedras preciosas, el agua inclina todo su peso a esconderse, el aire parece que siempre huye, el fuego ansía con todas sus fuerzas por subir y alejarse. ¿Pero qué las criaturas en cada elemento? Los leones y fieras de las selvas tienen sus lugares apartados donde se ocultan; el erizo busca su refugio en la piedra; el ciervo en lo alto de los montes, y así el cabritillo y los hijos de los ciervos; el águila anida en lo más alto y tajado de las peñas; la paloma se aleja, huye y descansa en la soledad; la tórtola se esconde en los agujeros de las peñas, en las cavernas del cercado; el pájaro hecho solitario busca lo alto de los techos; la lechuza se oculta entre las ramas; los peces se sepultan en el fondo del mar; aún el sol conoce su ocaso y su escondrijo... Si fueres como el gusano entrando al corazón de la hiedra en la consideración, en breve espacio caerá seca la vanidad e inconstancia de la vida. Entonces te asentarás entre los príncipes de tu pueblo, cuando edificares en la soledad tu sepulcro" (2).

El fabricar este sepulcro de que trata aquí nuestra autora no es cosa fácil, ni se consigue sin reñida pelea con nosotros mismos, y a veces sin sudar sangre por todos los poros del corazón. Porque como se desnuda el alma de las criaturas, y tarde en dejarse sentir el Creador, queda vacía a lo que parece y en tinieblas; y esta es aquella noche oscura del sentido que dice san Juan de la Cruz. La oración entonces se vuelve árida y dificultosa; no llega el agua de la divina gracia al espíritu sino "de muy lejos, por muchos arcaduces y artificio" (3), y no sabe el ánima otra súplica que la de Nuestro Señor en la cruz: "Dios mío, ¿por qué me tienes desamparado?".

Vais a saber esto mismo de boca de la madre Castillo:

"Andaba el alma en aquellas ansias y deseos de Dios y con aquella presencia suya que he dicho; y una tarde pidieron la llave del sagrario para componerlo: y yo salí a adorar a Nuestro Señor Sacramentado, y luego sentí un alboroto interior, una ansia y un salir de mí que los pasos que daba eran como en el aire; y así estuve, que

(1) *Vida*, capítulo XII.

(2) *Vida*, capítulo XII.

(3) Santa Teresa, *Moradas cuartas*, capítulo II.

para saber si había rezado maitines lo pregunté a otra y me dijo había rezado muy bien. No sé cómo prosiga. Pasada la Semana Santa (que esto fue una cuaresma) empezaron a caer sobre mi alma unas nubes como de plomo. Cada viernes de Espíritu Santo, sobre la nube y apretura que tenía caía otra, y así se fueron doblando por todas aquellas siete semanas; y conforme crecía la pena, crecía y se avivaba el conocimiento de la majestad de Dios; yo no sé cómo era; sólo pienso será a ese modo la pena de daño de los condenados... Todo el día y toda la noche traía un temblor y pavor que no se puede decir cómo era; parecíame que era inmortal y que jamás tendría fin mi sufrimiento ni habría para mí muerte, sino aquella muerte inmortal que estaba viviendo" (1).

El místico, después de aquella primera detención a contemplar las obras divinas que llevo dichas, torna a emprender camino y se para de nuevo en la mitad de la cuesta para tomar aliento. Ya el paisaje de la hondonada apenas se distingue y no llama la atención; todavía no se divisan las almenas de la cumbre. Vuelve entonces el espíritu sobre sí mismo y se sorprende al encontrar allí imagen viva de Dios y compendio de todo el universo creado. La ontología mística carece algo de precisión; la sicología es un portento de perspicacia, de observación, de exactitud. El alma reconoce ante todo su propia insuficiencia para los misterios celestiales, y apela a la fe, otra especie de noche oscura, no al sentido sino al alma. Y se llama noche la fe, con ser lumbré clarísima, porque "su luz, dice el príncipe de los místicos españoles (2), es muy desproporcionada y excesiva a la potencia" que ha de alumbrarse con ella. Este conocimiento de la vileza nuestra, traducido en eficaz querer de la voluntad, es el que forma los humildes y fue quien inspiró a la madre Castillo las siguientes hermosísimas frases:

"¡Que pueda el hombre ensoberbecerse, que pueda levantarse, que pueda esperar en sus fuerzas! ¿No es aquel desterrado del paraíso, condenado a muerte y trabajo? ¿No es aquel viandante pasajero que anda su camino al paso del día y de la noche, que compone la velocidad del tiempo y el andar del sol en el cielo? ¿No es aquel que tiene constituido tiempo para acabar su jornada en término de que no podrá pasar? ¿No es el que nace como flor y se cae como sombra? ¿No es el que del sepulcro del vientre salió para el sepulcro de la tierra, donde deshecho en polvo y vuelto en corrupción, será espanto a los unos, dolor a los otros, y olvido para todos con el tiempo?... Pues como ciega, como pobre y desnuda, hambrienta y menesterosa, llégate siempre al rico, poderoso y amoroso padre que sólo puede, sabe y quiere hacer el bien, y pídele confiada en su poder" (3). Notad cómo este pasaje concuerda a maravilla con el modo de oración que dice santa Teresa en sus *Moradas*: "Lo que tenemos de hacer es pedir como pobres necesitados delante de un grande y rico emperador,

(1) *Vida*, capítulo xxiii.

(2) *Subida del monte Carmelo*, libro II, capítulo iii.

(3) *Sentimientos*, afecto 77.

y luego bajar los ojos y esperar con humildad" (1). A esta manera de orar compara la santa avilesa "el agua que mana de una fuente", pero que no corre, sino que "la misma fuente estuviese labrada de una cosa, que mientras más agua manase, más grande se hiciese el edificio" (2).

*
* *

Tengo prisa por llegar con la madre Castillo a la cima, y decir cómo contempla las perfecciones divinas cara a cara.

"La segunda causa, dice, de desfallecer el alma y corazón con aquel desmayo y ansia mortal, me pareció ser un conocimiento que Dios da de sí mismo, de manera que el alma, conociendo algo de aquel ser inmenso, lo que más conoce es que no conoce, y muere y arde por conocer su último fin y sumo bien. Parece que aquel conocimiento es como una palabra o una habla escondida, no como la que se articula o forma con la voz, mas como el rocío o como las gotas que destilan en la tierra, que despiertan su sed de conocer y amar un bien que es sobre todo bien, a vista de lo que el alma conoce sin conocer; esta luz del sol, aun cuando está más refulgente, la ve como una luz pintada o muerta" (3).

Este *conocimiento sin conocer* que dice la autora, ¿no es por ventura el *ni ojo vio ni oído oyó* de san Pablo, arrebatado al tercer cielo? Sigue diciendo la madre Castillo:

"Querría (el alma) volar y llegar a su centro, y se halla detenida de fuertes cadenas; desea un bien infinito para cuya dichosa posesión fue criada, y sabe que es su centro, y se ve lejos y desterrada en la región de la sombra y el olvido. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡que mi destierro se va alargando, y aún una hora de él pareciera prolongada!".

Ved cómo corren parejas en este trozo la visión y el amor; observad cómo lleva este último a el alma a unirse y confundirse con su amado. Y el espíritu en esta última región ascendente se abraza con Dios por tan estrecho modo, que Creador y criatura, sin perder sus personalidades respectivas, vienen a ser como dos ríos que mezclan y revuelven sus ondas, como dos llamas cercanas que al elevarse se tocan y forman una sola, como dos pedazos de cera que juntos se derriten al calor del fuego. Y no es aquesta la unión egoísta y solitaria que finge el panteísmo germánico, sino al contrario, la que abraza en el amor de Dios a los prójimos todos, a quienes ama el hombre porque son amados del Señor. El discernir en la práctica la falsa mística de la verdadera, es habilidad a pocos concedida; pero aún el menos advertido podrá conocerlas en que una es indiferente para con los demás hombres, y la otra se traduce en obras de encendida caridad. Pero a qué esforzarme vanamente en explicaciones muy superiores a mi capacidad, cuando la madre Castillo lo exprime hermosísimamente en estos términos:

(1) *Moradas cuartas*, capítulo III.

(2) *Moradas cuartas*, capítulo III.

(3) *Sentimientos*, afecto 18.

“Parecía anegar a mi alma dos grandes abismos: el uno de la flaqueza, malicia e ignorancia de ella; el otro de la suma, infinita, inmensa grandeza, limpieza, sabiduría y omnipotencia de Dios. El un abismo llama al otro: el abismo del bien al abismo del mal para remediarlo, y el abismo del mal al abismo del bien para que lo remedie... Tú, Señor, como día claro, muestras al alma tus misericordias, queriéndote comunicar a ella con la avenida riquísima de tus bienes; y mi alma, como noche oscura, triste y fría, te ofrece sus cánticos en lamentos, así como la tórtola que toda es tristes arrullos cuando le falta su dulce compañera” (1).

En este pináculo del monte, el espíritu ora con aquel modo que dice santa Teresa en la quinta de sus *Moradas*: “Que el alma ni ve, ni oye, ni entiende en el tiempo que está así, que es siempre breve.” Lo mismo escribe de sí la madre Castillo en sus *Afectos*, cuando afirma que “Dios deja el ánimo como muda, no sólo de palabras en su lengua, sino de conceptos en su entendimiento, que son las palabras del alma” (2). ¿Puede explicarse con más breves, hermosos y sencillos vocablos aquel *verbum mentis* de los escolásticos, cuya inteligencia nos costó a todos tamaños esfuerzos en las aulas?

Desde las almenas de la cima, os decía antes, vuelve a contemplar el alma las criaturas por donde ascendió, y las mira a los resplandores de la divina lumbre. Sólo que en el cielo no habremos menester la consideración de las cosas en sí mismas, sino en los modelos eternos impresos en la mente divina y cuya copia son todos los seres creados. Esto no alcanzará el espíritu sino cuando se desate del cuerpo; pero el místico lo entrevé aunque como en enigma. Ya oísteis cómo miraba la madre Castillo a las criaturas, cuando por ellas iba remontándose en busca de su amado; escuchad ahora el concepto que forma de ellas en los momentos en que está absorta en la presencia de su Creador:

“Siente el alma una gran confusión viendo en aquel clarísimo espejo de la vista de Dios patentes todos sus pensamientos, el principio, el medio y el fin de sus caminos. Alma mía... ¿por qué no miras y remiras en este espejo clarísimo del divino conocimiento y examinas como águila a la vista de este sol todas tus obras, palabras y pensamientos?” (3).

Así aparece el alma propia, ¿cómo las criaturas sin razón? “Señor mío, sigue nuestra autora, no te desagrada la tempestad, pues en ella caminas; no la oscuridad y niebla, pues allí están tus huellas; no te enamora la hermosura y capacidad del mar, pues lo reprendes y haces secar; no te pagas de las corrientes de las aguas, pues las echas al desierto; no de la alteza de los montes, pues los conmueves; no de la hermosura de las flores, pues las dejas enflaquecer y marchitarse; no de la tierra, pues la haces estremecer; ni de sus poderosos poseedores, pues les muestras tu indignación. Señor, ¿qué te agrada? ¿qué te in-

(1) *Sentimientos*, afecto 15.

(2) *Afecto*, 17, inédito.

(3) *Afecto*, 17, inédito.

clina? El que espera en ti, el corazón humilde que no confía en sí mismo, el que todo su ser resigna y deja en tus amorosas manos.”

*

* *

Despertad vuestros recuerdos, señores, y decidme si los pasajes que acabo de leer, tomados al acaso, y no los mejores del libro, no merecen rivalizar con los más exquisitos de los místicos del siglo de oro. ¿Qué os ha embelesado más: lo profundo del análisis, la propiedad de las voces, lo gracioso de los símiles, el maravilloso conocimiento de la escritura santa o el correr y deslizarse del estilo? El de la madre Castillo es como el agua pura, cuyo mérito está en no tener color ni sabor alguno, y por eso embelesa tanto la vista y apaga los ardores de la sed.

¿De dónde sacó ella, no diré aquel arte sino aquella carencia de arte? ¿Quién fue su maestro en el buen decir? ¿De dónde aquella inteligencia de los sagrados libros? Moza, y antes de hacerse monja, leyó comedias españolas, y en su espíritu dejarían huella la profundidad e ingenio, la riqueza y galanura de los dramáticos antiguos; tuvo en las manos las obras de santa Teresa, de quien mucho aprendió; y en el convento le enseñaron a leer el breviario y la Vulgata latina, única permitida entonces. Pero fue precisa especial iluminación divina para que llegase a conocer los más recónditos sentidos de la Escritura, y a entender el latín sin ayuda de preceptor alguno.

Las obras de la madre Castillo asombran tanto más cuanto no floreció como santa Teresa en edad propicia a las letras, ni en tierra de Castilla, sino a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, cuando todos los que en Nueva Granada hablaban o escribían estaban dominados del más desafortado gongorismo, y en tierra americana, donde a vuelta de mayor pureza en el idioma por la ausencia de vecinos que nos contagien de frase extranjera, la lengua se ha empobrecido y limitado.

Estoy lejos de proponer a la mística escritora tunjana como espejo de corrección: al contrario, es a veces desaliñada, llegando aún a mezclar en un mismo período, según nuestra abominable costumbre, el *tú* y el *vos*, dirigiéndose a idéntica persona; repitiendo desagradablemente una palabra en cláusulas vecinas, y siendo en ocasiones anfibológica en el empleo de los pronombres. Pero siempre es castiza, pura, elegantísima en escribir, rica en voces y giros, donairoso en las construcciones, exacta en los símiles, intachable en la doctrina, profunda en exponerla, y sobre todo sin rival en la tersura, sencillez y transparencia del estilo.

También fue la madre Castillo poetisa, menor que prosadora; conceptuosa en los versos, aunque no tan alambicada como suele serlo en los suyos santa Teresa. Dejadme, para concluir agradablemente, citaros algunas de las cántigas con que esmaltó sus *Sentimientos* sor Francisca:

El habla delicada
 del amante que estimo,
 miel y leche destila
 entre rosas y lirios...
 Tan eficaz persuade,
 que cual fuego encendido
 derrite como cera
 los montes y los riscos;
 tan fuerte y tan sonoro
 es su aliento divino,
 que resucita muertos
 y despierta dormidos.
 Tan dulce y tan süave
 se percibe al oído,
 que alegra de los huesos
 aún lo más escondido (1).

Ahora decidme en conclusión, señores académicos: ¿qué se hizo entre nosotros la literatura mística? Colombia, en achaque de letras, ha conseguido pasmosos adelantos, como que puede ufanarse de tener poesía lírica digna de la más adelantada nación, y aún ensayos estimables en el género de la epopeya; concienzudos trabajos históricos; crítica estimada en la Península. Nuéstro es un idilio rival de *Pablo y Virginia*, de *Atala* y de *Graziela*; de miembros de esta Academia han nacido trabajos filológicos que no desdeñarían por suyos Díez o Pott, reyes de la lingüística. ¿Dónde están los cultivadores de la literatura que forma la gloria de la madre Castillo? En vano los buscaremos: hemos vivido sesenta años de agitaciones y zozobras; la juventud se ha educado con la enteca y paralítica filosofía de Tracy; los claustros, asilos en todas partes de las almas místicas, cayeron bajo el soplo de la revolución; se rompieron, por mal entendido patriotismo, las relaciones literarias con España; dióse muerte en las escuelas a los estudios clásicos, y todo se amenguó, y más que todo, los caracteres de los ciudadanos. La mística es flor que no brota en los pedregales.

Si nos persuadimos algún día de que los odios entre los ciudadanos son delito de lesa patria; si la filosofía cristiana conserva el puesto que ha reconquistado en los que habían sido por doscientos años sus dominios; si Cristo sigue reinando en la legislación y las costumbres; la juventud, nutriéndose a un tiempo con la leche de la doctrina cristiana y la miel de los estudios clásicos: cuando nos acordemos de que siendo españoles por raza, lengua y creencias, española ha de ser nuestra cultura, las disciplinas literarias que han florecido en corto radio, y medio ahogadas por abrojos, darán de sí inusitado esplendor, y brotará de nuevo la mística; que sobran aquí almas que conozcan la verdad y amen el bien y admiren la belleza, y sólo esperan que fecunden sus labores el fresco rocío de la mañana y los rayos benéficos del sol.

(1) *Sentimientos*, afecto 45.